

El secreto

Antonio Campillo Meseguer

Dejé la casa de un amigo, la conversación y los recuerdos. Se marchaba de Madrid al día siguiente y fui a despedirme de él. La vida nos había hecho inseparables y ahora nos obligaba a seguir caminos diferentes. Apuramos aquellas últimas horas con proyectos y promesas, pero nos dijimos adiós con el sombrío temor de no volver a encontrarnos.

Al salir de su casa, atravesé el aire frío de la noche, abrí la portezuela de mi automóvil y al tercer intento logré poner el motor en marcha. No sé si fue la inocente ignorancia del azar o la cruel sabiduría del destino, lo cierto es que yo estaba allí en aquel momento y tuve que responder a lo desconocido sin vacilación, sin elección posible. Eran las tres de la madrugada, en la calle Conde Duque. La niebla difuminaba en manchas amarillas una hilera de viejas farolas. El barrio estaba desierto y en silencio. El motor ronroneaba perezoso: necesitaba unos cuantos segundos de calentamiento para salir de su letargo. El rostro y la casa de mi amigo flotaban aún ante mis ojos como un espejismo. Quizá por eso no advertí la presencia de aquel hombre hasta que no golpeó nervioso en la ventanilla.

- ¡Por favor, lléveme con usted! ¡Me vienen siguiendo! ¡Me quieren matar! ¡Ayúdeme, se lo ruego!

- ¿Quién le quiere matar?

- ¡Rápido, se lo suplico!

Ni aquel hombre parecía mentir, ni había tiempo para pedir explicaciones. Se sentó a mi lado y el coche echó a rodar contagiado por el pánico. En el espejo retrovisor pude ver que dos hombres corrían hacia nosotros inútilmente.

- ¿A dónde quiere que le lleve?

- A donde usted vaya.

Era la respuesta desesperada de un fugitivo. Aunque desconocía los motivos de su huida, no pude dejar de experimentar cierta compasión hacia él. Así que le dije:

- Conozco un bar que aún está abierto. Podemos ir a tomar algo. Yo invito.

Media hora después, ante una taza de café vacía, el hombre me confió su secreto.

- Le debo la vida. Sé que merece y espera a cambio una explicación. Sé también que no debería dársela. Se ha arriesgado más de lo que imagina. Esos hombres habrán tomado nota de su matrícula. Le buscarán, estoy seguro. Ahora, usted es también su enemigo. Y ellos le matarán si le digo lo poco que sé.

- ¿Acaso es usted un espía?

- ¡No, por dios! No se trata de eso. Hace unos meses, yo era un hombre común y corriente, un hombre como usted, mecido en la tibia inconsciencia de la costumbre. He pasado mis días entre libros y legajos. He sido un historiador meticuloso y anónimo. He dirigido durante años el Archivo Histórico Nacional. El pasado mayo, vino a mi casa un joven, casi un adolescente: ojos negros, pelo negro, piel morena, voz dulce. Parecía mestizo. Traía en sus manos un sobre color naranja. Me lo dio y me contó historias algo extrañas, difíciles de creer pero admirables. Me hablaba de una tradición de siglos y de un secreto saber transmitido. De todo ello sólo quedaba aquel sobre. Me pidió que lo guardase y que no le diese publicidad alguna. Vino a verme alguna vez más, pero no volvió a mencionar tales historias. Sentía nostalgia de Guatemala, su tierra natal, de sus hermanas pequeñas y de su abuelo Juan. El último día que le vi, estaba muy excitado. Sólo entonces supe que tenía enemigos, que alguien andaba tras él. Y que la causa de todo ello había que buscarla en el sobre naranja y en el secreto.

- ¿Qué contenía el sobre?

- A primera vista, nada que pueda resultar molesto o peligroso para nadie. Fragmentos dispersos escritos a mano, sin duda por varias manos, en un dialecto maya que ya no se habla. Como yo estuve investigando durante algún tiempo las culturas precolombinas, logré traducirlo con bastante aproximación. El manuscrito trataba temas diversos, pero todos ellos parecían estar relacionados con la historia de una civilización ya desaparecida. Quizá por eso el muchacho me lo confió a mí. Debí pensar que yo era la persona más adecuada para entenderlo. Ciertamente, el estilo del texto no difería mucho del que empleaban los antiguos cronistas indígenas, pero el

relato oscilaba constantemente entre lo mítico y lo profético, y no había modo de averiguar si los sucesos narrados se referían al pasado o al porvenir. Tal distinción fue ignorada o despreciada por los autores.

- Probablemente -aventuré yo-, los autores imaginaron el futuro como un espejo del pasado, y viceversa. Probablemente, concibieron el tiempo como una incesante noria.

- ¿Una historia cíclica? Sí, ésa es la hipótesis más probable. También yo he pensado en ella. Pero, aunque así fuera, y aunque tal historia repugne a la conciencia del hombre moderno como algo inconcebible e insoportable, ¿sirve acaso para explicar lo que me sucedió después?

La pregunta se abrió ante él y ensombreció su rostro como la boca de una cueva inexplorada, como una puerta oscura y sin retorno. Guardó silencio unos instantes, tomó aliento y prosiguió su relato.

- Comenzaron a vigilarme. Me seguían a todas partes. Recordé entonces lo que el muchacho me había contado y el escaso crédito que yo había concedido a sus palabras. ¡Me parecía todo tan extraño! Un manuscrito reciente, escrito en un idioma olvidado, ¿cómo podía causar inquietud a alguien? En aquella tosca copia, no había ninguna gran revelación arqueológica, ningún mapa de tesoros ocultos, ninguna información confidencial, ninguna indicación de fechas o lugares determinados. A no ser que se tratase de un manuscrito cifrado, cuya clave yo ignoraba. Pero, entonces, ¿cuál era su mensaje? ¿Se trataba de algún secreto militar, o económico, o religioso? Y, sobre todo, ¿quiénes eran los que querían apoderarse de él? ¿La policía? ¿El servicio de inteligencia de algún país extranjero? ¿Una mafia de traficantes? ¿Una secta de fanáticos? ¿O alguien mucho más invisible y poderoso? Tuve miedo. Hasta entonces, el sobre naranja con el manuscrito y la traducción habían permanecido en mi casa, en un cajón de mi mesa de trabajo. Decidí ocultarlo en un lugar más seguro y menos comprometido. Y ¿qué lugar mejor que el archivo donde yo trabajaba? Para todo el mundo, aquel archivo era un laberinto de papel; para mí, en cambio, era un diáfano mapa. Conocía todos sus rincones, así que metí el sobre entre los pliegos de un legajo que nadie consultaría jamás.

"Debió tratarse de un presentimiento, pues al volver a casa por la noche la encontré completamente revuelta y desordenada. Soy viudo y vivo solo, sabe usted, así que nadie pudo explicarme qué había pasado. El miedo creció dentro de mí como una serpiente voraz. Me sentía acosado y no sabía por qué. Solamente el sobre estaba en un lugar seguro, en un lugar donde nunca podrían encontrarlo. Pero el orgullo de esa certeza no logró aliviar mi propia incertidumbre. Pensé llamar a la policía, pero temí que me tomaran por loco. No sabía qué hacer. Me pasé la noche tratando de poner en orden mis cosas y mis pensamientos.

"Al día siguiente, casi de madrugada, sonó el timbre del teléfono. Era un empleado del archivo. A través del aparato, sus breves y entrecortadas palabras hicieron estallar en mi oído la noticia: los libros estaban siendo devorados por el fuego. Acudí rápidamente. Los bomberos evitaron que el incendio se extendiera demasiado. Pero, en aquel momento, sólo me preocupaba una sección del archivo, y de ella sólo un estante, y del estante sólo un legajo. ¿Qué quedaba de todo ello? Una densa nube de humo y unas cuantas maderas carbonizadas flotando en grandes charcos de agua negra y de cenizas.

- Sí, recuerdo que leí la noticia en los periódicos. Pero ¿es posible que esos hombres fueran capaces de...?

- Lo es. Y aún hay más: comenzó a difundirse la calumnia de que yo había sido el culpable, el autor del incendio. Los más moderados me acusaron de negligencia. Fui destituido. Todo esto también salió en los periódicos. Mis colegas me abandonaron. Mi carrera profesional había terminado. Supe entonces que mi vida tenía los días contados, y que mi única misión era preservar el secreto, transmitirlo antes de que fuera demasiado tarde. Ellos habían destruido el manuscrito, pero el incendio iluminó en mi memoria cada una de sus palabras. Así que tuve claro lo que iba a suceder: intentarían destruirme también a mí.

"Mis familiares, no sé por qué razón, comenzaron a tratarme con compasión, como si fuera un enfermo o un niño. Querían enviarme a una casa de reposo. Decían que tantos sufrimientos me habían derrumbado, y que necesitaba descanso y tranquilidad. Decían que querían protegerme, y que era preferible pasar por demente que por criminal. Sus palabras amables me

hicieron sospechar que tramaban algo contra mí. Detrás de todas esas atenciones estaban ellos, mis enemigos.

"Esta tarde, vinieron a verme mis dos hijos y mi hermano. Tuve una fuerte discusión con ellos y les dije que no volvieran por mi casa. Como no me apetecía cenar, salí a dar un paseo. Para olvidarme de todo, me metí en un cine. A la salida, esos hombres estaban allí. Venían dispuestos a acabar conmigo. Comencé a caminar despacio, como si no les hubiera visto, y mientras tanto tramé un plan para despistarlos. Atravesé las calles más concurridas, tomé autobuses y taxis, pero no conseguí perderlos de vista. Cuando estaba a punto de rendirme, comprendí que aún me quedaba una última salida: confiar a alguien mi secreto y mi vida. Después de tomar esa decisión, usted fue el primer hombre que aceptó ayudarme sin hacer preguntas. Ellos me pisaban los talones, no había tiempo que perder, yo estaba a punto de ahogarme y usted me sacó del agua.

- Todavía no me ha dicho de qué trataba aquel manuscrito.

- Es cierto, disculpe. Tenía que haber comenzado por ahí, ¿verdad?

Aquel hombre, agotado y al mismo tiempo eufórico, con unas profundas ojeras y un extraño brillo en los ojos, miró a todos lados. El local estaba casi vacío. Un camarero iba recogiendo vasos y copas por las mesas vecinas. Cuando se alejó, el hombre reanudó su historia.

- Por una parte, los diversos fragmentos del manuscrito permiten reconstruir la historia de un pueblo que pasó por cuatro edades o épocas. O que ha de pasar por ellas. O que a un tiempo las pasó y las volverá a pasar. Es difícil saber, como ya le dije, si los tiempos verbales que en él se emplean son de pasado, de futuro o de ambos a la vez. Por otra parte, parece que no son cuatro edades sucesivas de un mismo pueblo, sino cuatro pueblos diferentes que viven en distintos territorios, o cuatro estamentos diferentes que forman un solo pueblo y viven en una sola tierra. Los autores confunden y entremezclan no sólo los tiempos sino también los lugares. No sólo ignoran la historia sino también la geografía. Sin embargo, tal confusión quizá no deba ser atribuida a los autores sino al carácter fragmentario del texto que llegó a mis manos, y a la dificultad de traducir a nuestra lengua un dialecto tan lejano. O quizá se trate de una confusión deliberada, quizá con ella los autores hayan pretendido decir algo acerca de la vida humana. El problema es que no podemos estar seguros de nada, así que nos falta la clave para determinar con exactitud el mensaje del manuscrito. Lo único que puedo decirle es que hay un personaje que pasa por cada uno de esos cuatro pueblos, o períodos, o estamentos, y adopta en cada uno de ellos un nombre y una forma de vida diferentes. Pero las ambigüedades del texto me impiden precisar si es un viajero que recorre distintos países, o un ser inmortal que transmigra a través de las edades, o un paria que va subiendo de lo más bajo a lo más alto de la escala social.

- Si lo único claro es que el héroe adopta papeles distintos en distintas situaciones, ¿por qué no me dice cuáles son esas situaciones y esos papeles? Quizá yo encuentre en ellos algo especial, algún detalle que usted no haya percibido, alguna clave que explique todo este asunto.

- No se preocupe, no tengo intención de ocultarle los pormenores del manuscrito. Usted desea conocer la historia de los cuatro pueblos y yo necesito contársela. Usted espera encontrar en ella alguna clave oculta y yo espero encontrar en usted un eco fiel, una memoria que retenga y recuerde cada una de mis palabras. Escúchelas con atención.

"El primero es el pueblo de la nave. El héroe y sus hermanos llevan una vida itinerante. El mundo es un océano, un desierto, una selva sin caminos. El sol y la noche, la tierra y la lluvia se reparten el gobierno del mundo. Ningún lugar es seguro ni definitivo. Sólo la nave puede mantenerlos a flote. Llevan a cuestas la casa y la vida. Nada dejan, nada aguardan. Si les acechan las sombras, buscan los claros del bosque; si les abrasa la sequía, buscan las fuentes y los arroyos; si les ahoga la lluvia, buscan la roca más alta o el árbol más esbelto. ¿Su esperanza? Que el sol aplaque el poder de las aguas; que en la primavera vuelvan a dar fruto las plantas; que la luz regrese tras el frío y el espanto; que el caos tolere islas de paz y oasis de alegría.

"El segundo pueblo lo forman hombres poco conformes con los caprichos del mundo. Hombres que desprecian la suerte del navegante y su destino itinerante. Se reúnen en un gran número y edifican en suelo firme. Son los constructores, son el pueblo de la torre. Como necesitan muchas manos y muchos materiales, se dedican a conquistar tierras y a esclavizar pueblos. Quieren levantar una torre tal que ni tormentas, ni animales, ni terremotos, ni ejércitos puedan nada contra ella. Ahora es la torre la que gobierna los destinos del mundo. En ella vive un rey

todopoderoso, dador de todos los dones: puede dar la lluvia y la sequía, la vida y la muerte, la paz y el espanto. El héroe es, en este pueblo, un agricultor que trabaja de sol a sol al amparo de la torre, y que día tras día ha de apartar una porción de sus bienes para que los enviados del rey no se enojen con él. Es el precio que ha de pagar para comprar su vida.

"El tercer pueblo cree que los otros dos son unos bárbaros, perdidos en su ignorancia o azotados por la crueldad. ¿Cómo es posible, dicen, vivir en una nave, sometidos a los azares del mundo? Y ¿cómo pueden construir miles de hombres una torre altísima para que en ella viva solamente uno de ellos? Más vale construir a lo ancho, de modo que a todos nos defienda por igual la sólida muralla. Sí, estos son los hombres de la muralla. Ellos no distinguen entre lo alto y lo bajo, entre el rey y los súbditos. Ellos hablan de adentro y de afuera, de la ciudad y del campo, de los ciudadanos y de los vagabundos. Lo importante son las puertas, los límites entre el interior y el exterior. Por eso, el héroe es entre ellos un mercader, un hombre que compra y vende al pie de la muralla, un negociante que va de ciudad en ciudad atravesando el peligro de los campos y temiendo el asalto de los desalmados. En este pueblo, gobierna la balanza. Todo se mide con ella. Con ella se comercia y se hace justicia. Sólo hay dos platillos, dos bandos: si el uno sube, el otro baja; ésa es la ley y nadie puede escapar a sus designios.

"El último pueblo se considera superior a todos los otros. Compadece al navegante, considera un triunfo la construcción de la torre y admira la justicia de los mercaderes, pero cree que es preciso superar definitivamente todo peligro, toda amenaza exterior. La muralla protege a los ciudadanos, pero establece una frontera, convierte a las ciudades en islas, deja a la intemperie el vasto mar de los caminos, territorio salvaje donde pululan bandidos y miserables. Hay que evitar esas sombras, esos espacios en blanco, esas lagunas en el mapa del mundo. Hay que amurallar cada camino y cada senda, cada aldea y cada arroyo. Murallas por todas partes, por dentro y por fuera, por arriba y por abajo. Que no haya exteriores. En este pueblo, el héroe es un cartógrafo. ¿Su misión? No dejar escapar ni un detalle, registrar los innumerables pliegues y resquicios del inabarcable imperio. La obsesión de este pueblo son los mapas. Ha dilatado sin cesar sus murallas, ha poblado el mundo de pasillos, y ya no hay modo de ir a ningún sitio. Sus habitantes andan de acá para allá, completamente perdidos. Sus vidas se hallan ahora a merced de los muros que ellos mismos construyeron. Son el pueblo del laberinto, el cuarto país de esta imaginaria geografía, la cuarta edad de esta extraña historia".

El historiador dejó de hablar, respiró profundamente y se echó hacia atrás, exhausto y satisfecho, como si hubiera alcanzado una elevada cumbre tras un difícil ascenso.

- ¿Qué le parece? -añadió, ante mi silencio-. Dígame, ¿qué opina de todo esto? Pensó que el contenido del manuscrito aclararía sus dudas, ¿verdad? Ya ve que no es así. Más bien las multiplica. De todos modos, yo me siento mucho mejor tras haberme despojado de una carga tan pesada. Ahora es usted quien ha de llevarla a costas.

Sus últimas palabras me inquietaron. Me resistía a creer que hubiera de cargar con peso alguno por el simple hecho de escucharle. A fin de cuentas, su historia era demasiado extraña y no tenía nada que ver conmigo. Y, sin embargo, un inexplicable vínculo me unía a aquel desconocido. Presentí que mi vida iba a estar, en adelante, ligada a la suya, así que le pregunté:

- ¿Piensa volver a su casa?

- No lo sé. Ya no importa que me encuentren. Quieren evitar que el secreto se difunda, y conmigo no lo han conseguido. Harán todo lo posible para eliminarme, pero ahora es usted el objetivo principal. Sí, creo que volveré a casa. ¿Para qué huir? Ya no tengo miedo. He encontrado un aliado, un amigo que ha confiado en mí. Ahora ya no me asustan, ya no temo que me maten o me encierren. Y usted, ¿qué hará? Abandone sus actividades habituales, no recorra nunca los mismos itinerarios, modifique a cada paso sus movimientos, manténgase flexible y al acecho. Usted es ahora la presa y ellos son los cazadores. Borre sus propias huellas, evite toda rutina, sea imprevisible. Y, por favor, no se deje apresar antes de haber confiado a otro el secreto.

- Sigo sin entender qué es lo que buscan. De pronto, sin pretenderlo, nos vemos sumergidos en una de esas antiguas fábulas en las que un anillo, un diamante o cualquier otro objeto tienen el mágico poder de atraer hacia su propietario toda clase de desgracias.

- La diferencia es que aquí son unas cuantas palabras las que atraen la desgracia, y ellos son la única desgracia que puede amenazarnos. El problema es averiguar quiénes son ellos y por qué

nos persiguen, pero creo que ni usted ni yo llegaremos a saberlo. Se nos ha dado la misión de transmitir el secreto y se nos ha negado la posibilidad de comprenderlo.

Hubo un largo silencio. Nos miramos como dos viejos amigos, como si nuestro común desvalimiento nos hiciera entender sin palabras algo de todo aquello. Como si un secreto código, secreto incluso para nosotros mismos, nos permitiera comunicarnos en silencio. No nos conocíamos el uno al otro, pero actuábamos como si nos conociésemos de toda la vida. Sus ojos me infundían una fuerza inexplicable, pero también me hacían sentir una inexplicable responsabilidad. Él había confiado plenamente en mí y yo debía confiar plenamente en él. Él había contraído una deuda conmigo y yo había contraído una deuda con él. Algo había pasado entre nosotros y a través de nosotros. Algo nuevo y a la vez muy antiguo. Una cadena milenaria de la que nosotros éramos solamente dos eslabones, pero dos eslabones imprescindibles y decisivos, porque de nosotros dependía que la cadena siguiera su curso o se interrumpiera definitivamente. Sabíamos, además, que aquél sería nuestro único encuentro. Nos quedamos así un buen rato, mirándonos en silencio. Luego, se levantó y puso fin a nuestra conversación.

- He de irme.

- Le llevo a casa.

- No, no hace falta. Iré paseando.

Salimos a la calle, al aire frío de la madrugada. La despedida fue breve. Me tendió la mano y yo le ofrecí la mía. Nos miramos por última vez.

- Hasta siempre -me dijo-. Y buena suerte.

- Buena suerte.

Luego, le vi alejarse lentamente. Su figura fue disminuyendo, hasta que llegó a una esquina y desapareció tras ella.

Pasaron semanas y meses. Yo estaba alerta, pero nada sucedía. Un domingo de diciembre, soleado y tranquilo, salí a pasear por Rosales. Caminaba entre sus acacias desnudas y bruscamente noté que un afilado soplo de aire me perforaba la nuca. Todo mi cuerpo se puso en guardia, volví la cabeza un instante y allí estaban ellos. Aunque no los conocía, ni su apariencia externa los distinguía del resto de los paseantes, supe que aquellos dos hombres estaban vigilándome. A partir de entonces, actué con bastante precipitación. Dejé Rosales y subí hacia Princesa; a medio camino, creyendo que no me veían, entré en el café Viena. Me senté en un rincón y pedí una copa. No suelo beber, pero en ese momento pensé que un trago de ron caribeño me ayudaría a soportar el miedo. Pocos minutos después, los dos hombres entraron en el local y vinieron directamente hacia mí. El más alto, el de gafas de concha, se acercó a mi mesa.

- Disculpe, ¿podemos hablar un momento con usted?

- ¿Qué quieren?

- ¿Permite que nos sentemos? Sólo serán unos minutos.

- Eso espero.

Tomaron asiento, me dijeron sus nombres, que olvidé al instante, y el más bajo de los dos, el de la perilla, fue directamente al grano.

- ¿Conoce usted al historiador don Elías Quijano?

- No, no conozco a ningún historiador. Yo soy un simple empleado de banca. Ustedes deben haberse equivocado.

- Por favor, no nos mienta -insistió el más bajo-. Necesitamos su colaboración. Se trata de un hombre enfermo. Las responsabilidades y los años han debilitado sus facultades. Incendió unos archivos valiosísimos que estaban a su cargo. Se aisló del mundo, de sus compañeros de trabajo, de sus amigos, incluso de sus familiares más próximos. Todos temían por él. Sus hijos consideraron conveniente ingresarlo en una casa de reposo. Cuando intentaron convencerle para que se pusiera en manos de un médico, sufrió un fuerte brote de paranoia. Como se sentía culpable del incendio, y como ya le habían destituido de su cargo de director, comenzó a decir que lo perseguían y acosaban, que lo iban a matar, que sus colegas y sus parientes habían tramado un plan para destruirlo. Es triste que un hombre tan destacado haya terminado así. Nosotros somos amigos de la familia y nos hemos ofrecido para buscarle, para hacerle comprender su estado.

- Y ¿por qué suponen que yo lo conozco?

- Hace dos meses y medio -respondió el de gafas-, don Elías entró en su coche cuando nosotros estábamos a punto de darle alcance. Disculpe, pero nos vimos obligados a tomar el número de la matrícula. Le hemos estado siguiendo durante algún tiempo, por ver si don Elías volvía a encontrarse con usted, pero no ha sido así. Hemos de conseguir que vuelva con su familia, y usted tiene que ayudarnos a encontrarlo.

- Lo vi solamente aquella noche, no lo conocía hasta entonces y no he vuelto a verlo jamás.

- Comprenda la gravedad de la situación -dijo de nuevo el de la perilla-. Se trata de un hombre muy conocido en los círculos intelectuales y políticos; hace más de diez semanas que no se sabe nada de él; puede haberle sucedido alguna desgracia, incluso puede haber muerto; y usted es el último que lo vio. ¿Se da cuenta? Hay una investigación policial abierta. Si nos oculta algo, las sospechas pueden recaer sobre usted.

- ¿Qué está insinuando? No he vuelto a ver a ese hombre desde aquella noche, y no sé qué puede haberle sucedido.

Más que indignado, me sentía perplejo. A mi lado estaban dos hombres corrientes y amables, razonablemente preocupados por un historiador loco y fugitivo al que admiraban y compadecían. Unos minutos antes, yo había temido y odiado a esos hombres. Y ahora aceptaba complacido el cigarrillo que me ofrecían. Incluso llegué a disculparme por la desconfianza que había mostrado hacia ellos.

- Le comprendemos -volvió a intervenir el más bajo-. Don Elías, al fin y al cabo, es un hombre muy inteligente. Sus argumentos son tan convincentes, tan sinceras sus palabras, tan vehemente su voz, que quien lo oye y no lo conoce acaba por creer todo cuanto dice, aun lo más fantástico y descabellado. Tiene el don de hacer verosímiles las historias más increíbles. Eso es lo que le salva y lo que le condena.

Aquellas palabras se grabaron en mi cerebro como el punzón en la cera. Pensé que había despertado de una pesadilla. Llamé al camarero y les invité a un café. Hablamos del buen tiempo, de las noticias del día y de otras nimiedades. Me preguntaron por mi trabajo. Escucharon con atención mis explicaciones y se interesaron por los detalles de mi vida diaria. Incluso rieron mis peores chistes. De pronto, el más alto volvió al asunto del historiador.

- ¿Qué le contó don Elías?

La pregunta me sorprendió. ¿Por qué me la hacía? Parecía intrascendente, pero yo volví a sentir cierta desconfianza. ¿Acaso el historiador me había contagiado su delirio? Lo cierto es que aquella pregunta se agitó en el aire como una espada. La escuché como quien recibe un desafío: tenía que combatir o rendirme. Sin embargo, ya no estaba seguro de nada, ya no sabía qué pensar. Así que decidí no darme por enterado. O, dicho de otro modo, decidí dar una respuesta ambigua.

- ¿Qué le contó? -volvió a repetir, al ver que yo vacilaba.

- Exactamente lo que ustedes me han contado.

Se miraron el uno al otro y el de la perilla negra insistió:

- ¿Nada más?

- ¿Es que hay algo más?

- No, no es eso. Solamente intentamos descubrir pistas, indicios. ¿Le dijo lo que pensaba hacer o a dónde pensaba ir?

- A su casa.

- Pues no lo hizo.

- Y ¿dónde creen que puede estar?

- Esperábamos que usted nos lo dijera.

- Siento no serles de ninguna ayuda.

Se levantaron para despedirse y el de gafas volvió a tomar la palabra.

- Ya no le entretenemos más. De todos modos, debería contar a la policía todo lo que nos ha dicho a nosotros. Ya sabe que, a petición de la familia, se ha iniciado una investigación oficial, y sobre usted recaerán todas las sospechas. No lo olvide. Adiós.

- Adiós. No lo olvidaré.

- Hasta la vista -dijo el más bajo.

¿"Hasta la vista"? ¿Es una simple fórmula de despedida, o es que acaso piensan volver a verme? Ésta fue la primera duda que rondó mi cabeza cuando ellos se marcharon. Y la segunda

fue todavía más inquietante: ¿por qué han de recaer sobre mí las sospechas, si yo no conozco apenas al historiador? ¿Qué motivos podría tener yo para matarlo, secuestrarlo o mantenerlo oculto? Además, sólo ellos dos saben que estuve con él aquella noche; sólo ellos podrían acusarme, difundir tal calumnia. Calumnia, maledicencia, falso testimonio: he ahí la clave. ¿No acusaron al historiador de provocar el incendio? Y ¿no dijo él que tal acusación era una calumnia? Sin embargo, en esa calumnia se apoyaron ellos para perseguirlo. Al acusarme a mí de su desaparición, ¿no estarán buscando también un motivo real, un fundamento legal que les permita acosarme y destruirme impunemente? Eso es: se trata de una amenaza para atemorizarme, para que les cuente lo que he callado, para que también yo me convierta en un calumniador, para que me ponga de su parte y traicione al historiador, al joven mestizo y a todos los que han sido perseguidos a causa del secreto. Por cierto, pensé, ¿qué será de don Elías? No sabía que ése era su nombre. Ni él me lo dijo, ni yo se lo pregunté. Tampoco yo le dije el mío, y tampoco él me lo preguntó. Como si nuestros nombres formasen parte del secreto, como si hubiéramos de preservarlos igualmente de nuestros enemigos. No, no le llamaré don Elías, seguiré llamándole el historiador. ¿Dónde estará ahora? ¿Habrá logrado escapar, hacerse del todo clandestino e invisible? ¿O lo habrán matado ellos para acusarme luego a mí, en caso de que no me rinda? De pronto, me avergoncé de haberle negado ante aquellos hombres, de haber dudado de su palabra, de haber traicionado su amistad, como había hecho por tres veces Simón, el pescador de Galilea, cuando los soldados romanos le acusaron de acompañar al reo Jesús de Nazaret.

Salí del café, crucé la plaza de España y la plaza de Oriente, y continué caminando sin rumbo fijo por las calles del viejo Madrid. Una incontenible agitación interior me empujaba de acá para allá. No sabía qué hacer ni qué pensar. Me sentía como un barco a la deriva, zarandeado por las aguas de un encrespado océano. Cuando creía que estaba empezando a comprenderlo todo, volvía a dudar de mí mismo y a perder toda certidumbre; cuando pensaba que la pesadilla había terminado, volvía a sumergirme en ella y a confundir la noche con el día.

La larga caminata y el aire frío del invierno fueron apaciguando mi ánimo. Me detuve en una plazuela de La Latina y me senté en un banco de madera, bajo las ramas desnudas de las acacias. Contemplé los balcones de las casas, el movimiento de los coches y de la gente que pasaba. Un poco más tranquilo, traté de poner orden en mis ideas. Es lógico, me dije, que se abra una investigación para descubrir el paradero de un hombre ilustre que al cabo de diez semanas no ha dado señales de vida. Es lógico que sus familiares y amigos hayan procurado dar con él desde el día de la discusión. Es lógico que esos dos hombres, sean amigos del desaparecido o simples detectives a sueldo, tengan que comunicar, tanto a la familia como al juez que lleva el asunto, todo lo que saben, incluida mi conversación con el historiador. Y, por último, es lógico y loable que tales hombres me pongan al corriente de mi propia situación legal y me aconsejen adelantarme a los acontecimientos, es decir, presentarme a la policía y contar todo lo que sé, para que así vea el juez que no tengo nada que ocultar. Pero, ¿qué es exactamente lo que sé? ¿Sé quién incendió los archivos? ¿Sé si el historiador deliraba cuando habló conmigo? ¿Voy a contarles a ellos mis dudas? ¿Sé quiénes son ellos? ¿Y si aquel hombre estaba en lo cierto? En cualquier caso, me dije, no hay tiempo que perder. Ellos pueden volver a aparecer en cualquier momento. Debo estar preparado para lo peor.

Tras muchas vacilaciones, decidí escribir a mi amigo, aquél a quien dije adiós una noche de octubre. Decidí enviarle un relato minucioso de todo lo sucedido. Necesitaba confiarle a alguien el secreto. Ése era mi deber y mi deseo. Ése era el único modo de no perder el juicio. Y ¿a quién podía confiárselo sino al compañero con quien tanto había vivido? Sabía que con ello iba a poner a prueba su amistad, y tal vez su vida. Sí, sabía que con mis palabras iba a comprometerlo, a implicarlo en la invisible cadena del secreto, a transmitirle la responsabilidad y la duda, la pesada carga de la que el historiador me había hablado. Pero, al mismo tiempo, al confesarle de un modo tan incondicional mis propias vacilaciones, iba a ponerme en sus manos y a demostrarle un afecto infinito, una confianza extrema, una entrega sin reservas.

Inmediatamente, regresé a casa y me puse a escribir esta historia. No he descansado hasta terminarla. Son las tres de la madrugada. Sé que ellos están a punto de llegar. No, no voy a esperar a mañana. No puedo confiar en el correo ordinario. Ellos pueden interceptarlo. Ahora mismo, mi buen amigo, voy a enviarte este relato por correo electrónico. Luego, borraré el original. Te ruego

que no le hables a nadie de esto, y que guardes el secreto lo mejor posible. Si me sucediera algo, si también a mí me dieran por muerto o por desaparecido, hazme un favor: publica esta historia como si se tratase de uno de tus cuentos, y procura llevar una vida clandestina.

No sé si todo lo que el historiador me dijo es meticulosamente cierto. Su locura fue creerlo y creerle será mi locura. No sé si hay algún secreto oculto en las palabras que el historiador me contó, pero mi misión es transmitir las, preservar la posibilidad de su repetición e impedir que sean silenciadas para siempre. Para muchos de tus lectores, ésta será la crónica escrita por un loco acerca de otro loco. Me arriesgo a ser internado o a ser perseguido por los enemigos del secreto: ¿acaso son dos riesgos diferentes? Pero si alguien lee este relato como el historiador escuchó al mestizo y como yo escuché al historiador, con las mismas dudas y la misma confianza, le aconsejo que permanezca al acecho: el destino le ha elegido como eslabón de una cadena invisible. A partir de ese momento, su vida será más imprescindible y más vulnerable que nunca.

Murcia, 10 de diciembre de 1980

